

¿REAL O FANTASMAL?

Construcción subjetiva en el marco de la inteligencia artificial generativa y los entornos inmersivos

REAL OR GHOSTLY?

Subjective construction within the framework of generative artificial intelligence and immersive environments

Sadin, E. (2024). *La vida espectral*. Caja Negra.

Celeste Choclin

Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina

celestechoclin@gmail.com - <https://orcid.org/0009-0004-1788-0427>

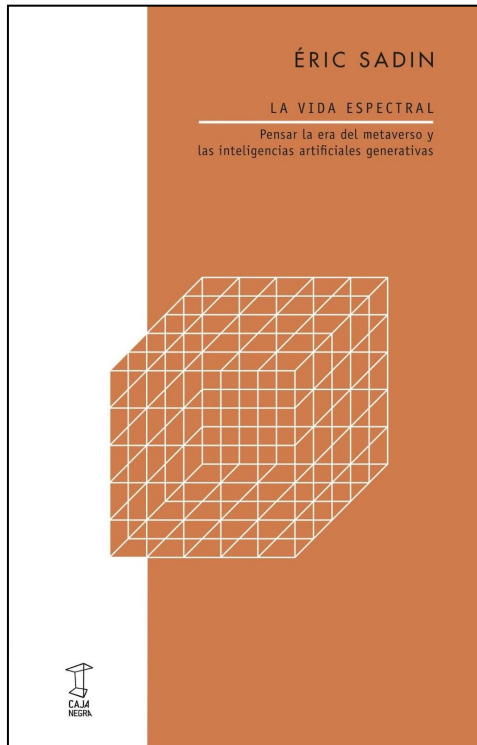
Recibido: 20 de abril de 2025

Aceptado: 25 de octubre de 2025

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/dkkvhss30>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2025.10373>



Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional.

Del ensayista y filósofo francés Eric Sadin, *La vida espectral* (2024) plantea cómo deviene la construcción de subjetividades en momentos de desarrollo de la inteligencia artificial generativa y proyectos como el del Metaverso, que proponen la inmersión en una realidad virtual visual, sonora (que próximamente también promoverá sensaciones táctiles y olfativas), a través de una representación simplificadora del yo: el avatar. El autor plantea cómo de manera preocupante se está produciendo “la transferencia de un registro súbitamente ampliado de segmentos de nuestras existencias a un entorno hecho únicamente de píxeles” (p.16), una tendencia que se profundizó durante el confinamiento producido por la pandemia del COVID-19 pero luego, lejos de regresar del “efecto pantalla” y los entornos digitales variados, tendió a continuar en un derrotero que avizora una suerte de “sociedad fantasma”.

El libro continúa la línea de sus últimas publicaciones caracterizadas por la reflexión crítica y una mirada historicista de los fenómenos, desde donde analiza la digitalización de la vida en el marco del neoliberalismo, proceso también denominado por el autor como “tecnoliberalismo”. En *La silicolonización del mundo* (2018), Sadin desarrolla la idea de una “colonización tecnoliberal” que tiene como epicentro a Silicon Valley y que propone no sólo un modelo económico y de negocio, sino un modelo civilizatorio basado en la “algoritmización de cada segmento de la vida”. Para ello parte de indagar la historia de la región para luego plantear cómo se fue configurando un “espíritu siliconiano” que ha ido permeando un relato (y toda una doxa que lo legitima de modo celebratorio), que indica que “hay una deficiencia humana fundamental que va a ser salvada por los poderes afectados a la inteligencia artificial, que aumentan y varían sin descanso” (p.37). Tema que profundiza en otro de sus escritos, *La inteligencia artificial o el desafío del siglo* (2020), donde trabaja particularmente el poder de la inteligencia artificial para construir un nuevo régimen de verdad que tiende a poner al modelo técnico por encima de la voluntad y el derecho a decidir de la propia humanidad. En otra de sus publicaciones, *La era del individuo tirano* (2022), continúa estos lineamientos para centrarse en la construcción del yo en el marco del desarrollo de las redes sociales que el autor prefiere denominar “plataformas de expresividad de uno mismo”. Existe una doble configuración subjetiva: por un lado una precarización creciente de la vida producto de las políticas neoliberales y, por otro, la posibilidad de verse equipado con tecnologías que permiten como nunca volcar las propias opiniones, lo que habilita una suerte de descarga catártica destructiva, una guerra discursiva de unos contra otros a través de las plataformas que horada el tejido social y la posibilidad de pensar un mundo común.

Continuando con los planteos desarrollados en los escritos precedentes a los que hace alusión expresa y en el marco de la colección *Futuros Próximos* de la editorial Caja Negra, *La vida espectral* propone pensar la existencia humana y los cambios que se producen a partir del desarrollo de una dimensión tecnológica que abarca cada segmento de la vida y que incluso empieza a trastocar el propio sentido de realidad.

El libro, breve en relación a sus otras publicaciones (240 páginas), logra conectar, actualizar y revitalizar las reflexiones esgrimidas con anterioridad y a la vez propone ahondar de manera contundente otras dimensiones de análisis como la corporalidad, la dimensión afectiva, la interacción con el otro, la percepción sensible del entorno.

Para ello está organizado en cuatro partes. La primera está dedicada a pensar la trinidad cuerpo, tecnología y sociedad y ya la primera frase esgrime una sentencia categórica: “La historia de la técnica terminó en 1769. Este año fue patentada la máquina de vapor de James Watt” (p. 51). Con ello nos ubica en la relación cuerpo-máquina propia de la Revolución Industrial, momento en que se trastoca de manera fundamental la relación con la técnica. Ésta deja de ser una herramienta para facilitar una labor y “ahora es el humano el que se ve relegado al rango de instrumento, posicionado en una cadena hecha de instrumentos a los cuales se debe ajustar según lógicas que ya no domina” (p.52). La técnica pasa a ser tecnología en el marco de un modelo técnico-económico y, por tanto, el cuerpo cambia de estatuto para situarse como un engranaje más de la gran maquinaria productiva. Un planteo que resuena en las formulaciones marxistas de fetichismo de la mercancía, cosificación, alienación. Así como también se puede advertir en la obra de M. Foucault, en especial en *Vigilar y castigar* (2008) y el proceso de tornar a las multitudes, cuerpos dóciles, a partir de mecanismos de vigilancia, y una rigurosa organización del tiempo y distribución en el espacio.

Eric Sadin va a plantear cómo en la segunda mitad del siglo XX, con el nacimiento de la informática y la digitalización creciente de amplios sectores de la sociedad, la relación cuerpo, tecnología, sociedad toma un nuevo giro hacia una “trinidad fractal calculada” (p.63). Se procura medir cada gesto, el control de cada tarea a fin de que potencie la productividad y ello logra coronarse con la creación de la pantalla que produce una “poderosa movilización de la atención” (p.68) y un “desplazamiento de la mirada” que es capaz de neutralizar todo vínculo con el entorno y con los otros. Pantallas que ingresan a la cotidianeidad del hogar y en el caso de la televisión se sitúan en una disposición espacial central. Luego será el turno de la computadora cuya pantalla ocupa todo el campo de visión, para llegar finalmente al uso del *smartphone*: “Este pequeño agitador vino a calzarse perfectamente en la palma de nuestra mano” (p.71).

A diferencia de los otros dispositivos, el llamado teléfono inteligente suministra una interfaz táctil que más que una prolongación de nuestro cuerpo, ejerce una suerte de vampirización. Por un lado creemos que lo manejamos, que sigue nuestras instrucciones (*prompts*), que somos sus amos y ello nos proporciona una confortable sensación de autonomía: “Mientras que él a su vez hace venir el mundo hacia nosotros y, porque somos tributarios de él de pies a cabeza, nos lleva de las narices con su poder de

recomendación”(p.80). De allí que Sadin plantee que el *smartphone* inaugura “la era de nuestra condición *metaversada*”, ya no la del cuerpo pasivo que mira un espectáculo, sino la de un sometimiento a una tecnología que “nos guía y nos habla” sin parar y de esta manera prepara el terreno para vivir en un mundo inmersivo donde incluso los sentidos pueden ser alterados, potenciados, trastocados. De esta manera estaríamos en condiciones de construir una suerte de “paraíso artificial” donde “lo técnico-económico se convierte en determinante como nunca antes, hasta asumir el estatuto de principio primero” (p.93) y la sociedad se torna fantasmal.

La segunda parte del libro analiza la construcción del sentido de realidad en un mundo vigilado, monitoreado a través de los datos que proporcionamos. Esta situación excede la preocupación en torno a la protección de datos personales y los mecanismos de vigilancia, ya que lo que está en juego en el fondo es el desarrollo de una “gobernanza algorítmica de la sociedad” (p.104). Un mecanismo de poder que implica un modo de percibir, de narrar, de concebir el mundo que nos rodea. Si la historia la escriben los que ganan, hoy más que nunca quienes narran el pasado pero también dan cuenta del presente y delinean el futuro, cuentan con dispositivos de poder que, basados en cálculos de probabilidad estadística, peligrosamente vulneran la posibilidad de mirar el mundo de acuerdo a nuestra voluntad. Así, la IA generativa interviene en el propio régimen de representación visual. A través del chat GPT se produce una transferencia directa de lo verbal (a partir de las instrucciones que damos en forma de enunciado) a lo icónico y esto trastoca el sentido de la propia representación, un fenómeno que el filósofo plantea como “momento psiquiátrico de la representación” (p.137).

Si nuestro entorno y su representación obedecen a regímenes elaborados en otro lado ¿Qué sucede cuando las interacciones afectivas están pre definidas a partir de un *like* o un *match* en alguna aplicación de citas? La tercera sección aborda la vinculación con el otro. Zygmunt Bauman en *Amor líquido* (2008) anunciaba, en los inicios del siglo XXI, el desarrollo de un tipo de relación afectiva fugaz, carente de compromiso más ligada a la conexión. Sadin va más allá y plantea una tendencia a la instrumentalización de las relaciones sociales, una suerte de vinculación utilitaria: “el hecho de que el otro sea una entidad seleccionable a voluntad o desechable al arcón de los recuerdos” (p.152). En el marco de una “pixelación cada vez mayor de nuestras prácticas”, se constituiría un “otro flotante, que navega permanentemente de pantalla en pantalla como si siempre estuviese lejos” (p.162). Un otro que puede *ghostear* en cualquier momento: “apariciones fugitivas sin alma, espectrales, que conforman entonces una sociedad fantasma, y, en cuanto tal, portadora de una multiplicidad de patologías y peligros” (p.164).

Pero hay más, y casi enunciarlo da escalofrío. Se trata de la posibilidad de constituir el yo como un avatar en un régimen de pura apariencia donde lo espectral llega a suplantar al encuentro carnal y subvierte toda lógica espacio-temporal al, incluso, dar la posibilidad a partir dispositivos que recopilan textos orales y escritos de poder conversar con personas fallecidas. Y cuando se interviene en algo tan profundo y constitutivo del espíritu de una sociedad como es el sentido de la muerte, se produce

“una confusión que nos lleva a percibir no sólo a las personas sino también a los fenómenos de forma indiferenciada (dentro de un régimen de pura equivalencia)” (p.178).

Luego de la “era del acceso” en el inicio de este siglo, una década de entusiasmo y fascinación por el potencial prometedor que promovía la era digital, hacia 2010 comenzó la preocupación por la actitud social compulsiva hacia el universo tecnológico y empezaron las alarmas por la adicción a las pantallas. Un problema que en su formulación sólo se esgrime de manera superficial y tiende brindar juicios morales y culpabilizar a la víctima, cuando el tema es mucho más profundo y es lo que Sadin trabaja en la cuarta y última parte de este libro: el proceso de desubjetivación. La tecnología toma una dimensión existencial: el poder de acompañar nuestra vida cotidiana. Sigilosamente, sin que nos demos casi cuenta (y en este proceso la tendencia es que cada vez adopten una apariencia más natural), estos dispositivos van interviniendo en nuestro modo de actuar, en las maneras de significar el mundo que nos rodea, en nuestra construcción identitaria lo que va instituyendo una “subjetividad desvitalizada”. Así en vez de GPT (Transformador Generativo Pre-entrenado), Sadin propone llamar al chat ACC: Abyección Cultural y Civilizatoria.

Contra lo espectral, contra “la normatividad algorítmica”, contra una “desencarnación empobrecedora”, Sadin concluye en apostar por las presencias, la expresión de nuestras facultades, nuestra creatividad, nuestros lazos sensibles con el otro, por modos de organización colectiva común que están, que no se desintegraron y que es necesario potenciar. En definitiva, darle curso a “la plena expresión de nuestra fuerza vital y nuestra ley moral, que yacen en lo más profundo de nuestro ser, que sólo esperan prosperar y que jamás, nunca jamás, deben desvanecerse” (p.236).

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2008). *Amor Líquido*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI.
- Marx, K. (1980). *Manuscritos: economía y filosofía*. Alianza Editorial.
- Sadin E. (2018). *La silicolonización del mundo*. Caja Negra.
- Sadin, E. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Caja Negra.
- Sadin E. (2022). *La era del individuo tirano*. Caja Negra.



Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional.